

DE BUENAS LETRAS

Veinticinco años de la muerte de un poeta

ROSAURA ÁLVAREZ

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Fue grande entre los grandes de su tiempo: sus versos cincelados dolián a fuerza de puros. Cantaba en los extremos del ser. Era su voz bronca y hermosa. Resonancias de Quevedo, Unamuno, Blas de Otero, Juan Ramón Jiménez..., pero voz propia: «Sólo soy yo mi solo semejante». Voz dolida: «Hablo porque me escuece la palabra». Voz, a veces, tan sorprendentemente tierna: «Nos han nacido trigos en la sangre».

Hablo de Juan Gutiérrez Padial, nacido en Lanjarón en víspera de la Navidad de 1911 y fallecido en Granada el 27 de abril de 1994.

En IDEAL, el día siguiente a su fallecimiento, decía de él el poeta y amigo Rafael Guillén: «Le hablaba a Dios de tú porque Dios le había señalado con el dedo. Así, su voz era la resonancia del trueno, aunque su corazón fuese de la materia de las nubes». Más adelante: «Tiempos de posguerra. Y un cura que admirase y defendiese públicamente a un proscrito como García Lorca, sólo era concebible si ese cura se llamaba don Juan Gutiérrez Padial».

Contemplar distancias en la existencia crea perplejidades, pues el tiempo no existe. «Todo pasa y todo queda» y la mirada se estrecha o se ensancha según nos fuese en el camino. En mi camino estuvo este poeta y me parece ayer hoy, aunque hablemos de 25 años de ausencia.

D. Juan –así le llamábamos– formaba parte de ¡una Granada altiva y potente que bajo el peso de la represión se abría a espacios de libertad artística. El grupo era amplio, ‘Versos al aire libre’, y, aunque con impronta personal en cada voz, fueron historia común en un traspaso de aspiraciones poéticas. Siendo secretario del cardenal Parrado, formó parte del grupo como uno más, pues el verdadero arte no sabe de credos ni banderas. Su gran formación humanística y su carácter abierto le hizo acreedor de respeto y cariño. Su despacho fue cátedra abierta para todo iniciado que pedía consejo sobre el arte del verso.

Sin embargo, hoy no goza del reconocimiento que su obra merece, aun teniendo una tesis doctoral defendida por Matilde Mo-

reno con dirección de Sánchez Trigueros. Yo le he dedicado algún estudio y destacado el juicio sabio y detenido que D. Manuel Alvar –presidente de la RAE– hizo de su obra. Artículos que publicó en ‘Blanco y Negro’ –ABC–. De ellos extraigo parte. En el titulado ‘Para abrazar a los hombres’ (31,VII,94) afirma: «Entre asombros y gozos, la palabra’ [...] la palabra no es el ‘flatus vocis’ [...], es la identificación ontológica del ser y del saber».

En otro, ‘Al habla un hombre’ (7,VIII,94): «Espléndidos los sonetos de Gutiérrez Padial (Comba de piedra verde, Tú) [...] que hacen pensar en el barroco de sus tierras granadinas [...]. Contraluces, noche, temores. Poesía que va muy a contrapelo con lo hoy se hace, pero que nos da la talla de un alto poeta». Prosigue: «Leyendo estos desgarradores poemas (en prosa y verso) pienso en los viejos místicos alemanes y flamencos [...] En ‘A contratierra’ se plantea ya lo que va a ser toda la poesía que después nazca: La humanidad lacrada y doliente». El primer poema de ‘Debajo del silencio’ es bellissimo, pero desgarrador, me viene el recuerdo de ‘Cero’, de Pedro Salinas. Se logran unos versos definitivos: «Pero un hombre es un hombre/ y no quiere morir [...] Sólo hay un hombre, hecho a la medida de su propio dolor y su indigencia». Insiste el honorable académico en los ecos de León Felipe y Unamuno en estos versos: «Es forzoso perder en este juego/ y caminar con ademán de ciego./ ¿los ojos? ¡Ah! Para seguir llorando./ Hurtar la frente al entresueño blando,/ morir de frío y apagar el fuego.../ ¿Hasta cuándo, Señor? Dime, ¿hasta cuándo?»

Y yo digo, tras 25 años de su muerte, ¿hasta cuándo, el que su poesía sea verdaderamente conocida, valorada?